

Los hombres que queremos ser

Adrián Guevara Capetillo.

Objetivo

El objetivo del siguiente trabajo es hacer un recorrido teórico sobre la masculinidad hegemónica, cuestionarla y criticarla, para luego proponer masculinidades alternativas a partir de una nueva ética del placer y una nueva ética del cuidado.

Introducción

“Los hombres no pueden ser feministas”, la frase se escucha en muchas ocasiones cuando se discute académicamente sobre el movimiento político, social y científico que busca reivindicar el papel de la mujer en la sociedad. Pese a las distintas reacciones masculinas frente a dicha frase, la misma no hace más que escupir verdad, los hombres no podemos ser feministas; no poseemos los cuerpos, los pensamientos, los valores, creencias ni problemáticas sociales y personales que implican el ser mujer. No pasamos el ineludible y mensual calvario físico que conlleva la menstruación y los tabúes y violencias varias que se asocian a la misma, no tenemos la dificultad de conseguir trabajo bien pagado (o directamente cualquier trabajo) por nuestro sexo, además, no se demerita nuestro éxito si lo conseguimos, no se nos obliga a parir o ser padres, no se nos niega la educación ni una sexualidad abierta, no se nos acosa en la calle a pesar de tener cuatro capas de ropa sobre la piel, no se nos viola por ser hombres, no se nos mata por ser hombres.

En cambio, si que poseemos privilegios, juzgamos a aquellas mujeres que expresan su sexualidad, les negamos empleos y educación, les negamos ser dueñas de su cuerpo y negamos o abandonamos a los hijos que las obligamos a parir, acosamos, violamos y

matamos. Todo esto se nos permite y se nos recompensa o, en su defecto, se nos otorga impunidad tras realizarlo.

Pero no solo eso, sino que, además, terminamos afectándonos a nosotros mismos. Decidimos que los hombres fuertes, con músculos inalcanzables, los que tienen mucho sexo, los que siempre se ponen en riesgo, los que tienen mucho dinero, los que tienen barbas largas y pelo en pecho, los que golpean a otros hombres, los que dominan a las mujeres y los que controlan a la naturaleza son los que debemos seguir como ideales. Los hombres verdaderos son los que cogen como toros, los que defienden su territorio como gorilas de espalda plateada, los que humillan y matan a sus rivales como leones. La hipersexualidad, la violencia, el control y la dominación definen aquello que representa un hombre real, mientras que todo aquello que se aleja de este modelo masculino es rechazado, negado y asesinado, ignorando que esta representación masculina solo nos lleva a la destrucción ambiental, al daño a los demás y al daño a nosotros mismos.

Los hombres no podemos ser feministas, pero ante la incipiente necesidad de construir una sociedad más justa, equitativa y sana para todos los miembros que la componen, ¿qué podemos hacer como hombres? La única posible respuesta radica en cuestionarnos nuestra masculinidad, preguntarnos si el hombre ideal, el macho perfecto, es realmente el tipo de hombre que queremos ser.

La Masculinidad Hegemónica

Cuando hablamos de masculinidades, es necesario remitirnos a la definición de género, en 2001, Graciela Hierro definió el sistema sexo-género como:

Conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual-fisiológica y que dan sentido

a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción y a las formas de relación social. (p.33)

El género, entonces, representa los valores y comportamientos socialmente esperados de una persona dependiendo de cuál sea el sexo biológico con el que nacieron. Además de eso, Hierro (2001) explica que estas denominaciones de género promueven una jerarquía social en la que se coloca al hombre por encima de la mujer, subordinando el papel femenino a los roles masculinos en todos los ámbitos sociales.

En este sentido, la masculinidad se entendería como aquellas prácticas, valores y representaciones que corresponden a las personas que anatómico-fisiológicamente poseen los órganos reproductores del sexo masculino. De acuerdo a Méndez (2002), la masculinidad es una categoría diferenciadora entre ser y no ser hombre.

La masculinidad de acuerdo a Kauffman (1989) se genera a través de las relaciones sociales, inicialmente con los padres, en las que la figura idealizada del padre pasa a ser parte de la identidad del niño en sus primeros años de vida, siendo la masculinidad después reforzada y afianzada en la adolescencia por las relaciones interpersonales que generan los individuos, los aspectos culturales presentados a través de distintos medios y los diversos cambios fisiológicos que ocurren en esta etapa. En todo este proceso, existe una representación social de poder relacionada a la figura masculina y una de sumisión femenina.

La masculinidad hegemónica está conformada por la visión idealizada y naturalizada en las sociedades de lo que implica ser hombre, de acuerdo a Méndez (2002), esta masculinidad está íntimamente relacionada con las ideas de voluntad de dominio y control, basadas en la organización social entre mujeres y hombres reproducidas culturalmente, colocándose como la posición de masculinidad dominante frente a otras existentes, siendo

la que se considera con mayor validez social y una que invisibiliza otro tipo de construcciones subjetivas y personales de lo que significa ser hombre. La masculinidad hegemónica se caracteriza por una supuesta superioridad y derecho de dominación del hombre frente a todo aquello que no cumpla con las características específicas de “lo que debería ser un hombre”, relacionadas a la cultura específica en la que nos encontremos. Para poder justificar dicha superioridad depende de la otredad, la cual está conformada por las mujeres y los homosexuales de acuerdo con Méndez (2002), pudiendo incluso extenderse a personas transgénero, a los niños y a las distintas especies animales, así como a personas de otras etnias o nacionalidades.

Las características de la masculinidad hegemónica

Harley & Jiménez (2001) describen las características normativas que debe poseer un hombre para ser considerado como tal en las culturas con una masculinidad hegemónica, las cuales incluyen:

- La falta de afecto, principalmente hacia otros hombres, ya que demostrar afecto iría contra la propia virilidad.
- El papel de la labor remunerada, en la que los hombres deben trabajar y obtener un sueldo y, a través de estos, reconocimiento social, seguridad y autonomía. La falta de empleo representaría una entonces una falla a la masculinidad.
- La norma de la hipersexualidad, en la que los hombres son incapaces de controlar sus impulsos sexuales y deben hacer lo posible por estar siempre satisfechos sexualmente, centrándose en el propio placer. La erección y la penetración y el pene representan una forma de mostrar virilidad.

Kaufman (1989) describe, además, lo que denomina como: la triada de la violencia masculina. Esta triada está conformada por:

- La violencia hacia las mujeres. Es descrita como la forma de violencia más común, directa y personalizada que sufren las personas como resultado de la violencia masculina. Está relacionada con los roles de género y la dominación social del hombre sobre la mujer, además de estar íntimamente relacionada con el daño físico y la hipersexualidad mencionada anteriormente.
- La violencia hacia otros hombres. Reflejada en las peleas, la exhibición de violencia y los ataques a minorías raciales y homosexuales. Está caracterizada por la humillación a otros hombres con el fin de dominar y controlar y por ser vista como la forma social con mayor legitimidad de resolver los conflictos.
- La violencia contra uno mismo. El negarse a las necesidades afectivas de sentir y mostrar sentimientos y emociones, genera malestar en muchos hombres. Además de esto, la represión emocional, situada sin una expresión adecuada de las emociones propias, atentan contra el bienestar individual y genera, a su vez, hostilidad y agresión contra uno mismo, contra otros hombres y contra las mujeres.

A pesar de ser caracterizados por una obsesión por el poder y la dominación, los ideales de la masculinidad hegemónica son frágiles, susceptibles a romperse y a cambiarse.

La Fragilidad de la Masculinidad Hegemónica

Kaufman (1989) argumenta que las necesidades emocionales reprimidas generan sentimientos ambivalentes hacia la masculinidad y la hombría, los cuales generarán un conflicto entre el ideal masculino y la representación real del propio hombre, estas condiciones distan y se diferencian demasiado en la mayoría de los casos. Esta distancia genera malestares emocionales y dudas a cerca de la propia masculinidad y hombría biológica, haciendo énfasis en la sexualidad y el tamaño del pene. La misma represión emocional y el ideal masculino son los puntos débiles de la masculinidad hegemónica.

La masculinidad hegemónica plantea un ideal de hombre inalcanzable, la capacidad de control que tenemos sobre el mundo es sumamente baja, tantas variables y tantas cuestiones a tomar en cuenta nos hacen imposible poder controlar todo lo que se nos exige. La capacidad de control sobre nuestras propias emociones se vuelve represión, la cual, a su vez, provoca que perdamos el control en lo que nos rodea y evita que podamos desarrollar relaciones y organizaciones sociales beneficiosas y saludables para las y los involucrados. Este ideal es, además, un ideal destructivo que nos hunde en una espiral de discriminación y violencia a gran escala, una espiral que cada día sigue lastimando sistemáticamente a más mujeres y que nos limita en desarrollar nuestro potencial como hombres.

Por otro lado, ante aquellas situaciones o personas que atenten contra el frágil ideal de virilidad masculina, aquellas situaciones que lo cuestionen o lo pongan en vela de juicio, indudablemente la respuesta de la masculinidad hegemónica será la violencia. La violencia no permite el pensamiento argumentado ni la expresión emocional saludable. La respuesta violenta es el débil intento de la masculinidad hegemónica de mantenerse en pie ante los cuestionamientos racionales de la sociedad, de mantener un control insostenible ante la

opinión argumentada. Esto, por su propia cuenta, demuestra lo frágil que es la masculinidad hegemónica.

Consecuencias de la Masculinidad Hegemónica

El ideal masculino afecta negativamente al hombre, lo pone en situaciones cuyo bienestar psicológico y físico se ve en riesgo y lo limita de generar relaciones saludables. Harley & Jiménez (2001) mencionan que los hombres somos más propensos a involucrarnos en situaciones de riesgo físicas, mismas situaciones que provocan más muertes relacionadas con violencia, accidentes y alcoholismo en hombres que en mujeres, del mismo modo, realizar trabajos más peligrosos que comúnmente se asocian a la fuerza y la masculinidad, ponen en riesgo la integridad física de los hombres, a su vez, es más difícil acudir a un centro de salud para atender problemas médicos, ya que esto iría contra el ideal de dominación, poniéndonos en una situación de vulnerabilidad. La represión emocional nos hace más propensos a problemas psicológicos y sexuales, siendo estos últimos relacionados a la fertilidad y la erección.

Además de estos problemas que pueden surgir en lo individual, la masculinidad hegemónica atenta constantemente contra los derechos humanos y, sobre todo, contra el bienestar de las mujeres. Situaciones como violaciones, acoso sexual y feminicidios están relacionados con la hipersexualidad masculina y la necesidad constante de control y dominación. De acuerdo al ideal masculino, uno no es hombre si no domina a una mujer sexualmente, si no satisface sus deseos sexuales constantemente y si no demuestra su poder y control sobre la misma vida de lo que considera la otredad.

La Formación de Masculinidades Alternativas

Una vez planteados los efectos negativos que conlleva la masculinidad hegemónica y como estos pueden afectarnos tanto en lo individual como en lo colectivo, hay que

replantearse cuales son aquellas características personales, valores y formas de comportamiento que queremos reproducir en la sociedad y que efectos tendrán estos en nuestro propio bienestar y en el planteamiento de una nueva integración comunitaria. Al cuestionarnos si queremos ser los hombres que la masculinidad hegemónica quiere que seamos, adquirimos la capacidad de elección, una elección que nos permite acceder a un mejor modo de vida para nosotros mismos, la elección de ser los hombres que realmente queremos ser, la elección de masculinidades alternativas.

Uribe (2020) describe el surgimiento de un fenómeno mediante el cual, los hombres comienzan a cuestionarse la masculinidad a partir del siglo XIX y a generar masculinidades que salgan de la norma hegemónica, estos movimientos buscan la igualdad de género en distintos aspectos.

Las masculinidades alternativas son definidas por Uribe en 2020 como:

Aquellos varones que han construido una identidad masculina desmarcándose del modelo de la masculinidad hegemónica. Se caracterizan por denunciar y rechazar la violencia machista, estar a favor de la igualdad de género (o compartir ideas con el feminismo) y promover (consciente o inconscientemente) valores igualitarios que se traduzcan en prácticas cotidianas que crean condiciones de igualdad y no violencia hacia las mujeres. (sección 2.5, masculinidades alternativas)

Surgen del cuestionamiento de los valores aprendidos y los modelos patriarcales de organización social. Buscan identificar y cuestionar aquellos aspectos de la propia identidad acordes con el modelo hegemónico.

Desde mi punto de vista, replantearnos nuestra masculinidad tendría que surgir desde dos puntos importantes: 1) un tipo de placer distinto, con raíces en una sexualidad alejada de los estándares de hipersexualización masculina, que no involucre la dominación

y el control sobre los cuerpos y las experiencias ajenas (principalmente las femeninas), libre de violencias y basada en el amor y el respeto mutuo. Un tipo de placer distinto que vaya más allá de encontrarlo en la sexualidad compartida, un placer relacionado a nuestras emociones y las sensaciones agradables que podemos sentir en infinidad de situaciones.

2) una nueva actitud de cuidado, hacia las otras personas, hacia nosotros mismos y hacia el ambiente, la cual pueda contrarrestar los efectos de las violencias ejercidas por masculinidades tradicionales y que remplace al control y la dominación sobre otros.

Un Tipo de Placer Distinto

Como revisamos anteriormente, en el ámbito de la sexualidad, la masculinidad hegemónica busca tener un control sobre los cuerpos femeninos, una forma más de oprimir a la otredad, utilizándolos para su propio placer con el fin de siempre estar satisfechos como parte de la hipersexualidad y como forma de violencia hacia las mujeres.

Hierro (2001) propone una nueva ética del placer, una que esté orientada hacia la liberación del cuerpo femenino, su placer y la reivindicación de la sexualidad femenina. Este tipo de placer tendría que surgir del amor, el respeto y el erotismo, en vez de los esquemas clásicos de dominación y control ejercidos por la masculinidad hegemónica. Esta nueva ética del placer permitiría a las mujeres poder vivir y expresar su sexualidad en un ambiente saludable, libre de juicios y violencias.

Parte de los aspectos fundamentales de esta ética es la liberación de las mujeres en la vida sexual, permitirles sentir placer en distintos ámbitos de su vida y contrarrestar los efectos emocionales, espirituales y físicos que surgen de la opresión sexual masculina. Esta nueva ética procura la búsqueda de la felicidad y el respeto a los derechos humanos y los derechos de las mujeres.

Esta nueva forma de entender el placer sacudiría incluso los roles que mantenemos en la sociedad, pues también busca dejar de asociar el papel dominante del hombre durante el acto sexual con el papel dominante del hombre en la organización social actual.

Del mismo modo, Kaufmann (1989), menciona que al cuestionarnos nuestra masculinidad y al poder identificar los aspectos de control y dominio relacionados al sexo, muchos hombres sentiremos emociones contradictorias, en las que los deseos sexuales propios se verán confrontados con formas de dominación inherentes a la sexualidad, las cuales dañan a la mujer. Ante la ansiedad producida por estas emociones, propone que surgen sentimientos de culpabilidad en hombres simpatizantes del feminismo e incluso formas de violencia hacia las mujeres.

Para solucionar los conflictos y tensiones de la sexualidad masculina, el autor concluye que el verdadero enemigo no es la misma sexualidad masculina, sino los aspectos patriarcales que se inmiscuyen dentro de la misma, por lo que se debe confrontar al patriarcado y a la represión de la masculinidad hegemónica sobre las emociones y el placer, formando una sexualidad masculina libre y liberadora.

Como podemos ver, ambos autores mencionan la liberación sexual, alejada de los principios morales que nos trae consigo la masculinidad hegemónica, alejarnos de las formas de dominación y control sobre las mujeres en las formas de organización social y cuestionarnos activamente nuestro papel dominante como hombres durante el sexo.

Cuestionarnos nuestro placer sexual implica cuestionarnos por que nos parece placentero el control sobre la otra persona y si este surge como una forma de placer hegemónico, un tipo de placer que encuentra satisfacción en la opresión del otro en la sociedad, cuyos reflejos se ven de forma simbólica dentro del acto sexual. Al replantearnos nuestro papel durante el coito, estamos también replanteando nuestro lugar en la sociedad.

Una nueva sexualidad masculina debería permitirnos acercarnos a nuestras parejas con respeto y amor, buscando siempre un erotismo compartido y libre de violencias, en el que la comunicación y el cariño sean los ejes motores del placer, en lugar de la dominación y el poder. Dejar de ver a las mujeres como la otredad implica verlas como nuestros pares, identificarlas como seres humanos sujetos a derechos, a la libertad, a la búsqueda de la felicidad y a la búsqueda del placer.

Cuestionar nuestro papel sexual implica también la liberación de nuestras emociones. Disfrutar de una sexualidad libre con una nueva ética del placer, incluye también liberar nuestras emociones para encontrar y aceptar que podemos sentir placeres distintos a los sexuales en diversos ámbitos de la cotidianidad. Disfrutar de nuestras sensaciones y las actividades que nos gustan a pesar de que esto vaya en contra de lo establecido por la masculinidad hegemónica.

La ternura, el afecto, el buen trato y el cuidado, íntimamente relacionados con la feminidad en nuestra sociedad y negados para los hombres por la masculinidad hegemónica, son parte de una forma distinta de entender la sexualidad masculina.

El Cuidado Como Antítesis de la Violencia

Como vimos anteriormente, la violencia es parte de la masculinidad hegemónica, dañar a otras personas y a nosotros mismos surge, respectivamente, como una forma de control sobre la otredad y como consecuencia de la represión emocional. En antítesis, Busquets (2019) nos muestra cómo los papeles de ternura y cuidado han sido asociados a la mujer y a la feminidad en diversos aspectos de la vida cotidiana. Ya que, en el hogar, cuidar de la casa y de los hijos es tradicionalmente una labor femenina, mientras que, en la sociedad, aquellos trabajos relacionados al cuidado, como lo son la enfermería y el cuidado de infantes, son trabajos reconocidos como principalmente femeninos. Esta autora nos lleva

a reflexionar el papel del cuidado femenino, como este sigue siendo una forma de control hacia las mujeres, negándoles la posibilidad de actividades distintas, encasillándolas en su papel de madres y negando un desarrollo integral de su persona.

La falta de cuidado con los demás ha llevado a la masculinidad violenta, ya no es solo seguir el papel ideal de un hombre, sino alejarse del papel tradicional de una mujer, alejarse simbólicamente de la otredad para demostrar hombría. Sin embargo, esta masculinidad violenta no hace más que dañar a los demás. La violencia generalizada en las sociedades, la violencia de hombres contra otros hombres, la violencia hacia las mujeres y la violencia hacia el medio ambiente nos han enfrascado en sociedades violentas, en las que el control sobre lo que nos rodea se ve expresado a través de lastimar a la sociedad y a la naturaleza. Del mismo modo, esta violencia dirigida a nosotros mismo ha provocado hombres con emociones reprimidas, las cuales no sabemos expresar de maneras saludables y a una excesiva falta de higiene y cuidado personal, poniendo en riesgo nuestra salud física y psicológica, todo con el fin de separarnos de aquello que nos aleje de nuestra frágil masculinidad hegemónica.

Aceptar que podemos ser vulnerables y comenzar a cuidar de nosotros mismos, de las demás personas y de la naturaleza es una forma de cuestionar nuestra masculinidad. Es una forma de crear una salud mental adecuada para nosotros mismos, una forma de acercarnos a una forma diferente de entender la sexualidad, en la que nos alejemos del control y el dominio, es una forma de detener (o intentar detener) la inminente crisis ambiental que se avecina sobre nosotros, es una forma de acceder a las emociones de ternura, amor y cuidado que se nos han negado. El cuidado es una forma de alejarse de la masculinidad hegemónica.

Conclusiones

Como podemos ver, la masculinidad hegemónica nos obliga a cumplir con estándares negativos, que pueden afectar nuestro bienestar y al bienestar de otras personas. Permanecer dentro de este estándar plantea que nos alejemos de generar vínculos afectivos saludables, en los que la ternura, el cuidado y el amor sean los que dirijan nuestras acciones, en vez de la triada de la violencia, la hipersexualidad y la humillación.

La masculinidad hegemónica se caracteriza por depender del control y el dominio sobre el mundo que nos rodea y sobre la otredad para mantenerse en pie. Sin embargo, esta misma característica es su punto débil, la hace frágil y la lleva a un estado de cuestionamiento constante sobre su verdadera utilidad, un cuestionamiento que debemos aprovechar para poder tener la libertad de elegir masculinidades alternativas.

Construir una sexualidad diferente a la establecida por el sistema patriarcal, alejada del control y el dominio sobre los cuerpos femeninos y basada en el amor y el respeto, así como practicar el cuidado a los demás y a nosotros mismos, promueve un tipo de masculinidad que se aleja de la masculinidad hegemónica, una masculinidad alternativa.

Alejarnos del ideal masculino y elegir masculinidades alternativas conlleva un esfuerzo profundo, uno que implica el cuestionamiento de nuestros propios actos y pensamientos, un esfuerzo contra el mismo sistema que trata de imponer las pautas debemos seguir y que determina nuestro valor si las seguimos o no.

Sin embargo, este cuestionamiento nos otorga libertad, la libertad de elegir que hombres queremos ser, la libertad de elegir modos de vida distintos, la libertad de formar vínculos saludables, así como la libertad de crear espacios sociales más equitativos, justos y libres de violencia.

Si la masculinidad hegemónica nos rechaza por alejarnos de su ideal de hombre perfecto, entonces nosotros debemos rechazar a la masculinidad hegemónica. Si aquello que nos parece placentero, sano y constructivo para nosotros mismos y la sociedad, nos hace diferentes del modelo tradicional de masculinidad, propensos al rechazo por el sistema a cargo, entonces debemos abrazar esas diferencias, resignificarlas y renegar de aquellas pautas y formas de convivencia que nos alejan de los hombres que queremos ser: hombres tiernos, hombres cariñosos, hombres con una idea distinta de sexualidad, hombres que respetan a otras personas, hombres que se respetan y cuidan a sí mismos, hombres que cuidan a sus familias con amor y respeto, hombres que pueden expresar sus emociones, hombres que rechazan el control, el dominio y la agresión injustificada, hombres con una masculinidad alternativa.

Referencias

Busquets, M. (2019). Descubriendo la importancia ética del cuidado. *Folia Humanística*, 12, 20–39.

Hardy, E., & Jiménez, A. L. (2001). Masculinidad y género. *Revista cubana de salud pública*, 27(2), 77-88.

Hierro, G. (2001). *La ética del placer* (Vol. 16). Universidad Nacional Autónoma de México.

Kaufman, M., & Horowitz, G. (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Centro de Investigación para la Acción Femenina.

Méndez, L. B. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 7-35.

Uribe, P. (2020). Masculinidades Alternativas: Varones que se Narran al margen del Modelo Hegemónico y Generan Cambios a través de la Educación. *Revista latinoamericana de educación inclusiva*, 14(2), 115-129.